

# El conflicto centroamericano y la política exterior de Cuba hacia Nicaragua, El Salvador y Guatemala

The Central American conflict and Cuba's foreign policy towards Nicaragua, El Salvador and Guatemala

Ricardo Domínguez Guadarrama<sup>14</sup>  
<https://orcid.org/0000-0003-4125-8270>

## RESUMEN

El conflicto Centroamericano fue una de las varias expresiones de una nueva crisis del capitalismo de los años setenta del siglo XX. Su expresión estructural, trastocó por supuesto las bases políticas e ideológicas en las que estaba sustentada también. En su carácter dicotómico entre lo interno y externo, la confrontación entre movimientos de liberación nacional y los gobiernos dictatoriales, sustentados por Estados Unidos, confluyeron intereses diversos. En primer lugar, los de Washington, que veía en la disputa interna centroamericana la intervención del comunismo con el apoyo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a través de Cuba. Por otro lado, la crítica estadounidense sobre la política internacionalista y solidaria de la Revolución Cubana con los grupos de liberación nacional. En el caso de México existía una doble preocupación; tener un conflicto de amplias dimensiones con potencialidad de ampliación en su frontera sur y la posibilidad de que la crítica social traspasara su frontera. En esa vorágine de intereses destacan las intenciones militares y contrainsurgentes de Estados Unidos, el apoyo de México y otros países para evitar a toda costa una solución militar y, por el contrario, promover una de carácter pacífica, negociada y latinoamericana a través del Grupo de Contadora, y finalmente el interés de Cuba por apoyar a los grupos de liberación nacional como parte de sus objetivos revolucionarios, pero siempre en apoyo a soluciones negociadas al cobijo del respeto a las soberanías. Es precisamente este último tema el que nos permite observar el papel

---

<sup>14</sup> Dr. en Dr. en Estudios Latinoamericanos. Investigador UAER-ENES Mérida, UNAM. Dirección electrónica: [ricardo.dominguez@enesmerida.unam.mx](mailto:ricardo.dominguez@enesmerida.unam.mx). Revisión de redacción y corrección de estilo bibliográfico del Mtro. Roberto Ruiz Ferráez. Técnico Académico, Asoc. "C". Responsable de Biblioteca. ENES, Unidad Mérida, UNAM.

activo que jugó Cuba en el conflicto y que, entre otras cosas, se aborda también la desmitificación del supuesto desconocimiento cubano del derecho internacional y sobre las relaciones diplomáticas al mantener un estrecho contacto y colaboración con las llamadas guerrillas centroamericanas.

### **PALABRAS CLAVE**

Crisis Centroamericana, guerrillas, Cuba, México, Estados Unidos, diplomacia.

### **ABSTRACT**

The Central American conflict was one of the various expressions of a new crisis of capitalism in the 1970s. Its structural expression, of course, disrupted the political and ideological foundations on which it was based. In its dichotomous character between the internal and external, the confrontation between national liberation movements and dictatorial governments, supported by the United States, brought together diverse interests. Firstly, those of Washington, which saw in the internal Central American dispute the intervention of communism with the support of the Union of Soviet Socialist Republics through Cuba. On the other hand, there was the US criticism of the internationalist and solidarity policy of the Cuban Revolution with the national liberation groups. In the case of Mexico there was a double concern: having a conflict of wide dimensions with the potential to expand on its southern border and the possibility that social criticism would cross its border. In this maelstrom of interests, the military and counterinsurgency intentions of the United States stand out, as does the support of Mexico and other countries to avoid a military solution at all costs and, on the contrary, to promote a peaceful, negotiated and Latin American solution through the Contadora Group, and finally Cuba's interest in supporting national liberation groups as part of its revolutionary objectives, but always in support of negotiated solutions under the protection of respect for sovereignty. It is precisely this last issue that allows us to observe the active role that Cuba played in the conflict and that, among other things, also addresses the demystification of Cuba's alleged ignorance of international law and

diplomatic relations by maintaining close contact and collaboration with the so-called Central American guerrillas.

## KEYWORDS

Central American crisis, guerrillas, Cuba, Mexico, United States, diplomacy.

### Introducción

#### I. Marco contextual de la crisis centroamericana; actores y posiciones.

Mucho se ha escrito sobre la crisis centroamericana de los años ochenta del siglo XX. De ella, se ha exaltado la confrontación entre los grupos de liberación nacional y los gobiernos. En Guatemala, a través de la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), en El Salvador, con el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), en Honduras, con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Movimiento Popular de Liberación (MPL) y en Costa Rica, a través de la Coalición del Pueblo Unido (CPU). En Panamá se mantenía la efervescencia política y dignidad nacional debido a los acuerdos Torrijos-Carter de 1977, que recuperaban la soberanía del Canal. Estos escenarios estuvieron alentados por el ambiente de lucha que llevó al triunfo de la Revolución de Maurice Bishop (del Movimiento Nueva Joya) en Granada, en marzo de 1979, y por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, en julio del mismo año. (Suárez 2006).

La situación en Centroamérica formaba parte de la crisis internacional iniciada en los años setenta y tuvo impactos severos en el mundo en vías de desarrollo en la década siguiente. El modelo económico de producción adoptado por Occidente (Keynesianismo) a inicios de los años cuarenta, estaba agotado -lo mismo en el mundo desarrollado (Welfare State) que en el subdesarrollado (Modelo de Sustitución de Importaciones)-; producto, entre otros factores, del desgaste y los impactos generados por la Guerra Fría tanto en el bloque capitalista como en el socialista, por la crisis de dólar y del petróleo, así como la deuda externa. No es casual, por consiguiente, que las

luchas sociales en América Latina y el Caribe revivieran a finales de los años setenta y ochenta del siglo XX, décadas en las que:

El avance revolucionario o democrático en las distintas subregiones de Latinoamérica y el Caribe era alentador para las fuerzas progresistas de las distintas izquierdas, pero para Estados Unidos y las oligarquías regionales, la política de Carter había resultado en un completo desastre para su control nacional y regional, en lo que fue calificado como la ofensiva soviético-cubana sobre América Latina y el Caribe. (Domínguez 2013, 126-127).

Los documentos de Santa Fe I de 1980, como sabemos, contienen la lista de objetivos y acciones internacionales que Estados Unidos debía asumir de inmediato; acabar con las revoluciones de Granada, Nicaragua y Cuba, regresar a manos de EU el Canal de Panamá y establecer un nuevo marco para las inversiones estadounidenses en América Latina y el Caribe. (Bossi 2009). Se trataba de recuperar los espacios que el país del norte había perdido como consecuencia de la agudización de la crisis mundial en los años setenta. (Urquidí 2005). Como parte de esa directriz estadounidense, se encuentran también la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (CBI) de 1982 y el Informe de la Comisión Nacional Bipartidista sobre Centroamérica, dirigida por Henry Kissinger. La CBI condicionó la cooperación financiera a la política antirrevolucionaria de EU, mientras que el informe Kissinger promovió el consenso bipartidista para apoyar la política de Ronald Reagan en Centroamérica, bajo la lógica de que Cuba y Nicaragua, apoyados por la URSS, eran una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos. (López 1985).

Rusia y su bloque trataban también de recuperarse. Había que mantener su presencia internacional y para ello, consideraron imperativo continuar el apoyo a la Revolución Cubana y a la Revolución Nicaragüense. (Harto de Vera 1992). No obstante, la cooperación que la URSS brindó a ambos países tuvo diferencias notables. Mientras incluyó a Cuba en sus intereses político-dipomáticos, además de la cooperación económica, comercial, financiera y militar a Nicaragua limitó su ayuda en comercio, financiamiento para equipo militar y programas de desarrollo. Los créditos financieros fueron sin duda el renglón de mayor importancia, pues entre 1979 y 1987 los países socialistas proporcionaron a Nicaragua 2,272 millones de dólares, de los cuales 1,394

eran de la Unión Soviética y el resto del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), al que Nicaragua había ingresado en calidad de observador en 1983. Para finales de la década de los ochenta “la Unión Soviética había enviado [...] en total 1,400 millones de rublos en bienes no militares, 300 millones de rublos en donaciones y había colaborado en 40 proyectos industriales o agrícolas conjuntos en Nicaragua”. (Domínguez 1990).

La Revolución de Granada se veía indirectamente beneficiada también por el campo soviético a través de la cooperación técnica, científica, educativa, cultural y de asesoría militar que Cuba le ofrecía. (Castro 2008). Su dirigente:

Maurice Bishop, líder del Partido Nueva Joya, la organización que dirigió la conquista del poder en Granada, acudió a nuestro país en busca de apoyo. Aunque no disponíamos todavía de la actual fuerza médica, enviamos la suficiente para impulsar programas de salud, así como personal calificado en distintas áreas, proyectistas, constructores, etcétera, para apoyar su progreso económico y social. En total sumaban 784 los cubanos que cooperaban con Granada cuando se produjo la invasión yanqui. Ya entonces más de 30 mil cubanos colaboraban en Angola y otros países de África...Enviamos constructores y equipos para construir una excelente y adecuada pista que pudiera recibir los grandes aviones de las aerolíneas internacionales. Destinamos a ese fin 60 millones de dólares, equivalentes a 600 dólares por habitante, que era como invertir en Cuba 6 mil millones de dólares en infraestructura turística. Las edificaciones del aeropuerto se aseguraban con crédito en divisas de un tercer país. Todo sería propiedad de Granada. Adicionalmente, se donaban productores cubanos equivalentes a otros 50 dólares por habitante. Su desarrollo estaba asegurado. (Castro 2008, 132).

Otros movimientos de liberación nacional o países de la región se veían beneficiados indirectamente por el campo socialista, no sólo en el terreno ideológico y político, sino en el material y logístico a través de Cuba. Entre los años sesenta y setenta el gobierno cubano cambió su percepción sobre el reformismo, los compromisos de diversos movimientos sociales y algunos países que en el pasado habían fustigado la Revolución. Específicamente, la llegada al poder por parte de militares nacionalistas en Perú y Panamá el 11 y 13 de octubre de 1968, respectivamente, renovaron la idea de

que las revoluciones populares y antimperialistas pudieran desarrollarse con el ejército y no al margen del ejército ni contra el ejército. (Martínez 1987).

Chile, con el triunfo electoral de la Unidad Popular encabezada por Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1970, fue otro caso de importancia en este sentido. Con ello, “el triunfo en estos países de las fuerzas progresistas también significó una reivindicación de la Revolución Cubana, en tanto que los programas de los gobiernos progresistas contenían aspiraciones promovidos por Cuba y por otros grupos nacionalistas”. (Domínguez 2013, 108). Finalmente, la década de los setenta reunió las condiciones para la recomposición de relaciones diplomáticas entre diversos países de la región con Cuba (Argentina, Colombia, Ecuador, el mismo Chile, Perú, Venezuela, Costa Rica, Panamá, Nicaragua, Barbados, Granada, Guyana, Jamaica, Las Bahamas, Santa Lucía, Surinam y Trinidad y Tobago), (Domínguez 2013) lo que implicó para el gobierno cubano algunas modificaciones a su actuación internacional, principalmente en el orden diplomático que lo llevó, incluso, a establecer esquemas de colaboración sobre distintos temas, sin hacer a un lado su apoyo a las guerrillas, sobre todo a las que contendían con gobiernos que presionaban y atacaban a la Revolución. En ese sentido se puede señalar que todavía a finales de los años setenta y ochenta, un número importante de revolucionarios latinoamericanos se preparaban, o bien, permanecían en Cuba. Sobre el apoyo a la insurrección en Costa Rica:

Carlos Andrés nos había solicitado hasta cohetes antiaéreos para proteger a Costa Rica de la aviación militar de Somoza. Nuestra disposición fue la de apoyar a Costa Rica con armas antiaéreas no coheteriles, de por sí complejas, y a la vez aportar a los revolucionarios nicaragüenses. Esto último lo discutimos únicamente con las autoridades ticas que se sentían directamente amenazadas. En un momento oportuno, por cada tonelada de armas para Costa Rica iría otra para los revolucionarios de Nicaragua. Comprendimos que había quedado atrás la época en que Costa Rica fue usada como base para los ataques piratas contra nuestra Patria. Ahora desde su territorio los patriotas revolucionarios de Nicaragua recibirían ayuda. (Castro 2008, 128).

Por otro lado, los países en vías de desarrollo, principalmente en la región de América Latina y el Caribe, debían mantener las conquistas logradas en los años setenta. El Sistema Económico Latinoamericano (SELA), la Naviera del Caribe y la Comunidad del Caribe (CARICOM) habían surgido de la iniciativa tercermundista, gracias a la debilidad que padecían las potencias.<sup>15</sup> El pluralismo ideológico se impuso en la región, así como la cooperación Sur-Sur y la exigencia de un comercio internacional justo a través de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, aprobada en la Organización de las Naciones Unidas, aunque sin el apoyo de los países desarrollados. La solidaridad y la ayuda internacional entre los países en vías de desarrollo confrontaron al nuevo concepto de cooperación internacional que los países desarrollados promovían bajo el principio de la reciprocidad.

América Latina y el Caribe habían avanzado pese a la reticencia de Estados Unidos, en el establecimiento de esquemas de cooperación y ayuda económica. México y Venezuela, por ejemplo, convertidos en potencias medias gracias a su producción y reservas petroleras, establecieron un esquema de Cooperación Energética para Países de Centroamérica y el Caribe (Acuerdo de San José) el 3 de agosto de 1980. (Rocha y Morales, 2014). Con estímulos fiscales y la creación de fondos para proyectos de desarrollo, ambos países coadyuvaban a paliar los graves efectos del incremento de los precios del petróleo y, al mismo tiempo, buscaban apoyar el desarrollo y crecimiento económico de sus vecinos.<sup>16</sup> El tema de la exorbitante deuda externa que llegó en 1984 a 360 mil millones de dólares y los onerosos intereses que alcanzaron los 40 mil millones

---

<sup>15</sup> Si bien desde los años sesenta se crearon distintos mecanismos de “carácter latinoamericano” como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) el 18 de febrero de 1960, el Mercado Común Centroamericano, en diciembre de 1960, la Asociación de Libre Comercio del Caribe (CARIFTA) el 15 de diciembre de 1965 y el Acuerdo de Cartagena que dio origen a la Comunidad Andina de Naciones el 26 de mayo de 1969, lo cierto es que respondían a intereses estadounidenses enmarcados en el libre comercio para favorecer a sus empresas asentadas en territorio latinoamericano. (Vásquez 2008).

<sup>17</sup> Mucho se ha discutido la exclusión de Cuba del Acuerdo de San José. Cuba no solicitó su ingreso toda vez

que sus necesidades energéticas y financieras estaban garantizadas por la URSS. Adquirir petróleo en el marco del Acuerdo de San José le resultaría menos favorable en cantidad y costos financieros. En los noventa

y hasta el 2000, se puede decir que México fue reticente al ingreso de Cuba a dicho esquema, antes no se vio

en la necesidad de fijar posición al respecto.

de dólares anuales en ese año, también aparecieron en la agenda reivindicadora de derechos de los países latinoamericanos, lo que había generado un par de años antes una declaratoria de moratoria de pago, suspendida, no obstante, por arreglos bilaterales con los acreedores. Para 1985:

Los países latinoamericanos tienen que pagar 40,000 millones de dólares cada año de intereses, ¡40 000 millones de dólares cada año!, a lo cual se añade la fuga de capitales y la repatriación de las ganancias de las empresas extranjeras. Sólo en los últimos años la salida neta de capitales de América Latina ascendió, según cálculos, a 55,000 millones de dólares. Bien, la deuda asciende a la pavorosa cifra de 360 000 millones, los intereses de esa deuda en diez años se elevarían a 400 000 millones. (López 1985, 237).

Como se puede apreciar, la década de los años setenta y ochenta, vista desde las condiciones económicas, políticas y sociales de América Latina y por añadidura de Centroamérica, explican la profundidad de la crisis que se vivía. En realidad, puede señalarse que la solución al conflicto centroamericano debía proyectar un nuevo panorama internacional a partir de soluciones regionales. Razones estructurales eran argüídas por América Latina, principalmente por México, Venezuela, Colombia y Panamá, como causas de las confrontaciones en Centroamérica. Las dictaduras en la misma región y en América del Sur, secundaban las opiniones de Estados Unidos, en el sentido de colocar como causa principal de la inestabilidad subregional la intervención directa de la Unión Soviética y su comunismo a través de Cuba y Nicaragua. (López 1985).

La Revolución Cubana, sin embargo, promovía su propia agenda en la región a partir de su internacionalismo y sus principios básicos de solidaridad y justicia social. Para Cuba, la lucha en Centroamérica era de liberación nacional, encaminada a lograr finalmente su independencia y, al mismo tiempo, dirigida a sentar las bases de su propio modelo de desarrollo y crecimiento económico, distanciado del comunismo soviético, pero sin renunciar al apoyo ideológico, político y militar que pudiera ofrecerle. Finalmente se trataba de un beneficio del mundo bipolar.

Como bien se conoce hoy, a través de una gran cantidad de literatura especializada sobre la crisis en Centroamérica, las respuestas iniciales para solucionar el conflicto en esa subregión fueron tan variadas como los actores involucrados en ella. Estados Unidos y sus aliados centroamericanos y sudamericanos (éstos a partir de apoyo político más que de involucramiento directo), optaron por la fuerza militar. Auspiciaron ejércitos paramilitares (llamados contrarrevolucionarios y democráticos), alentaron la creación de cuerpos de élite para eliminar a opositores y a guerrilleros (escuadrones de la muerte) y reprimieron a pueblos enteros para evitar apoyos efectivos a las guerrillas (grandes genocidios se registraron en comunidades campesinas en Guatemala y El Salvador). Al mismo tiempo, se presionó económica, política y diplomáticamente a los gobiernos de Nicaragua y Cuba, a través de bloqueos económicos, comerciales y financieros, y de aislamiento político, diplomático y económico internacional, sin dejar de lado atentados promovidos, organizados y muchas veces operados por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA), para terminar con su proyecto nacional, disminuir su presencia internacional y acabar con la imagen de sus revoluciones. En El Salvador:

Más de 50,000 personas han sido asesinadas por un régimen genocida cuyo ejército es suministrado, entrenado y dirigido por Estados Unidos. En Guatemala pasan de 100,000 los que han muerto a manos del sistema represivo que instaló la CIA en 1954, cuando derrocó al gobierno progresista de Arbenz. ¿Y cuántos han muerto en Chile desde que el imperialismo promovió el derrocamiento y asesinato de Salvador Allende? ¿Cuántos han muerto en Argentina, en Uruguay, en Paraguay, en Brasil, en Bolivia, en los últimos 15 años? (Castro 2008, 142).

Estados Unidos operó su política de guerra en el Caribe cuando logró dividir a las fuerzas político-revolucionarias granadinas. El líder de la Revolución y Primer Ministro, Maurice Bishop, fue arrestado el 15 de octubre y asesinado el 19 del mismo mes de 1983. Dividida la sociedad y los revolucionarios, Estados Unidos invadió, con el acompañamiento de diversos gobiernos caribeños de la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS), la pequeña Isla el 25 de octubre de aquel año para acabar con

cualquier indicio de Revolución. (Márquez 1983). El Caribe fue controlado por la fuerza de las armas y con la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (CBI). (García 1995).

México, por su parte, tras considerar que la situación en Centroamérica se debía a la pobreza, marginación, exclusión, falta de capacidad productiva, relaciones sociales de desigualdad, etc., destacaba que se requerían apoyos en esos sentidos. Ello explica, primero, la ruptura de relaciones diplomáticas con el gobierno dictatorial en Nicaragua de Anastasio Somoza el 20 de mayo de 1979 (Ojeda 2008) y luego la posterior ayuda otorgada al FSLN (armas y dinero).

En el libro de Emma Yanes se afirma que los integrantes del movimiento mexicano de solidaridad con Nicaragua siempre pudieron trabajar con absoluta libertad y aprovecharon las facilidades otorgadas por el gobierno, tales como lugares para hacer prácticas de tiro en Cuernavaca, casas de seguridad, dinero y pasaportes. Se refiere también a los apoyos de López Portillo, Jesús Reyes Heróles y Carlos Sansores Pérez, entonces dirigente nacional del Partido Revolucionario Institucional (PRI), quien les proporcionó dos millones de dólares en efectivo, un avión Cessna de turbohélices y un automóvil blindado Ford LTD. (Yanes 2008).

Como complemento de las acciones de México, se registró un acercamiento directo con los grupos guerrilleros de El Salvador y Guatemala y, al mismo tiempo, se pronunció por lograr una paz negociada en la región con la inclusión de todos los actores. México retiró a su Embajador de El Salvador en 1980, como respuesta al genocidio en ese país encabezado por José Napoleón Duarte, pero envió a un encargado de negocios *ad interim*, quien tuvo un acercamiento muy estrecho con la guerrilla salvadoreña; les otorgó asesoramiento diplomático y sirvió de enlace con el gobierno mexicano. (Cienfuegos 2003; Rico 2004).

Sin romper relaciones diplomáticas, como había sido el caso de Nicaragua, el gobierno mexicano junto con la Francia de Françoise Mitterrand (1981-1985), con quien tenía intereses comunes hacia Centroamérica, otorgó legitimidad a los movimientos guerrilleros de El Salvador. (Covarrubias 2013). En una Declaración dirigida a la Organización de las Naciones Unidas el 29 de agosto de 1981, ambos gobiernos

reconocieron “que la alianza del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y del Frente Democrático Revolucionario, constituye una fuerza política representativa dispuesta a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ella se derivan”. (Benítez y Córdova 1986). Ello les dio legitimidad como fuerzas políticas representativas para negociar con el gobierno.

En suma, más allá de episodios particulares, lo que conviene destacar primeramente es la diferencia que existía en las intenciones de Estados Unidos y México, y algunos países de América Latina para enfrentar la crisis Centroamericana. Lo segundo, es que desde el inicio del conflicto, el gobierno mexicano apostó por una estrategia a dos vías; por un lado, apoyó a los grupos guerrilleros como una manifestación en contra de las dictaduras genocidas, aunque promovió al mismo tiempo el acercamiento entre los gobiernos de Honduras y Nicaragua, o bien entre los de Cuba y Estados Unidos y, por el otro, alentó un plan regional que promoviera la paz a través del diálogo y la concertación política, enalteciendo los principios del derecho internacional. La pinza se cerraba precisamente en el propósito de lograr una paz negociada sin intervención extranjera. (Arriola 1986). No es casual entonces que en febrero de 1982 el gobierno mexicano diera a conocer su Plan Regional de Distensión, que en realidad fue el antecedente de lo que a la postre serían los objetivos del Grupo Contadora, integrada en enero de 1983 por México, Venezuela, Colombia y Panamá, y a partir de 1985 también por Brasil, Argentina, Perú y Uruguay. El Plan Regional de Distensión, a tenor de un discurso pronunciado por el presidente José López Portillo en la Plaza de la Revolución de la ciudad de Managua, Nicaragua, el 21 de febrero de 1982:

Proponía la búsqueda de una solución negociada para El Salvador, la formulación de un pacto de no agresión de Estados Unidos hacia Nicaragua y hacia el resto de los países centroamericanos, y la continuación del diálogo entre Cuba y Estados Unidos, para todo lo cual México se ofrecía como mediador. (Benítez y Córdova 1989, 57).

## **II. Revolución, política exterior y diplomacia (alternativa) cubana**

El triunfo de la Revolución Cubana el 1 de enero de 1959, significó, entre otras muchas cosas, la recuperación de viejos proyectos. Por ejemplo, en materia de política exterior Carlos Manuel de Céspedes, en la guerra libertaria de 1868 y luego José Martí en la segunda revolución de 1895, habían delineado dos de los postulados de política exterior que devinieron en principios; privilegiar las relaciones con los pueblos por sobre los gobiernos y promover, al mismo tiempo, la liberación de las naciones oprimidas. El gobierno revolucionario de 1959 incorporó ambas iniciativas como estrategia y objetivos de la nueva política exterior de Cuba.

Para Cuba, la política exterior guarda una relación muy estrecha con su situación nacional, es ahí donde se encuentra el germen de sus principios, objetivos e intereses en su quehacer internacional. (D'Estéfano 2002). El proyecto nacional cubano a partir del triunfo revolucionario, antes que ser socialista desde el punto de vista ideológico, estuvo orientado a la justicia social. Acabar con las desigualdades y las diferencias implicaba reconfigurar las relaciones sociales de producción, así como el entramado político y jurídico que sostenía dicho modelo de crecimiento y desarrollo. En esencia, el proyecto democratizador debía establecer un nuevo pacto de convivencia social, político, económico y cultural.

El proyecto de la Revolución Cubana, sin embargo, pronto se enfrentó a las fuerzas reaccionarias de carácter nacional y transnacional. Las primeras, representadas por los banqueros, terratenientes y grandes comerciantes, incluido el sector del clero asociado a los capitalistas cubanos y norteamericanos. Las segundas, originarias en su mayoría de Estados Unidos, dueñas de las grandes empresas y los bienes nacionales. El gobierno cubano requirió entonces promover, establecer y direccionar valores sociales que fueran capaces de hacer frente a esos grupos. La solidaridad, la igualdad y la hermandad se conjuntaron entonces con el anticolonialismo y, posteriormente, con el anti-imperialismo. De esa manera quedó claro a Cuba que la promoción de un nuevo modelo de desarrollo debía necesariamente atravesar por conquistar una real y profunda independencia y soberanía, es decir; recuperar u obtener plena capacidad de autodeterminación.

De tal manera, que el proyecto de la Revolución quedó atado al desarrollo de las fuerzas productivas bajo nuevos valores y a la lucha constante por mantener a salvo su capacidad de determinación para combatir al colonialismo y al imperialismo. No era por cierto una lucha que podría ganarse de manera aislada, sino con el acompañamiento de los demás pueblos, como había asegurado el Che Guevara en 1962, en una conferencia ofrecida el 18 de mayo de 1962 a los miembros del Departamento de Seguridad del Estado:

El destino de las revoluciones populares en América está íntimamente ligado al desarrollo de nuestra Revolución. Ante las presiones de Estados Unidos, es muy importante luchar contra eso, porque nuestro contacto con América depende también de la forma en que el pueblo de América reacciona frente a los ataques del imperialismo, y de esta forma de reacciones depende una buena parte de nuestra seguridad.<sup>17</sup> (Bell, López y Caram 1962, 495).

Las fuertes presiones políticas, diplomáticas y económicas por parte de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe, no sólo aislaron a Cuba del escenario regional, sino impusieron al gobierno revolucionario la necesidad de desarrollar nuevas formas de defensa a su proyecto nacional, que reforzaron su seguridad interna y su política exterior. Una de ellas, fue adoptar el socialismo promovido por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, pero bajo una perspectiva de justicia social, más que por cuestiones político-ideológicas y de confrontación con Estados Unidos y, al mismo tiempo, promover la solidaridad entre los pueblos para lograr su independencia y su soberanía; en fin, que les diera márgenes de autodeterminación. Esta segunda línea de acción se desarrollaría a partir de apoyo logístico a grupos sociales, donación de material bélico, preparación de guerrilleros en La Habana, organización de la lucha y protesta social, desarrollo de estrategias y tácticas de lucha, así como a través del establecimiento de lazos de amistad, colaboración y entendimiento con el pueblo; todo ello como parte de su diplomacia alternativa. (Domínguez 2013).

---

<sup>17</sup> “La influencia de la Revolución cubana en la América Latina”, conferencia ofrecida por el comandante Ernesto Guevara el 18 de mayo de 1962 a miembros del Departamento de Seguridad del Estado, Centro de Estudios Che Guevara, en Bell López y Caram, *Documentos de la Revolución Cubana 1962*, Editorial Política, La Habana, pp. 486-505.

El proceso interno y externo del proyecto revolucionario, se conjugó al mismo tiempo con la dinámica nacional, regional y mundial. La presión estadounidense contra los gobiernos incluyó una política económica en detrimento de las necesidades sociales de los pueblos, que al mismo tiempo detonó la organización y la lucha social. En esa dinámica, la confrontación entre las fuerzas sociales al interior de cada país y la hostilidad de los gobiernos hacia la Revolución Cubana, determinaron la más de las veces, el apoyo y los grados de ayuda de Cuba a las fuerzas revolucionarias o progresistas de cada país. Ello implicó al mismo tiempo, el nivel de relaciones diplomáticas que Cuba pudo desarrollar con sus vecinos. Además, entre más hostigamiento recibía por parte de Estados Unidos mayores eran los lazos que mantenía el gobierno revolucionario con la URSS y China. Todo se conjugaba en la política exterior cubana, país que ha promovido como objetivo e interés un sistema internacional multipolar; quizá la única fórmula que abre espacios de negociación a las naciones en vías de desarrollo para lograr sus propios objetivos.

De tal manera que luego de los primeros efectos psico-sociales del triunfo de la Revolución Cubana en los años sesenta, a lo que Estados Unidos respondió con políticas represivas, llegó una etapa de relajamiento de la lucha social (por la fuerte represión), mientras que la misma actitud estadounidense mostró cierta distensión en los años setenta, tanto por la crisis financiera como por la política de promoción de la democracia y la defensa de los derechos humanos del presidente James Carter, que implicó, no obstante, el arribo de las fuerzas progresistas a las presidencias de diversos gobiernos de América Latina y el Caribe, ya fueran de corte militar nacionalista o de carácter civil. En esa etapa, Cuba pudo restablecer vínculos diplomáticos con diversos gobiernos latinoamericanos y caribeños. Ello implicó brindar apoyo y cooperación por los canales institucionales, para consolidar sus vínculos, mientras que mantuvo, por otro lado, su compromiso con los movimientos sociales allí donde aún no triunfaban.

De cualquier modo, los principios de la política interna y externa de Cuba se mantuvieron. La justicia social como proyecto a construir o consolidar, pudo promoverse en unos y otros países, siempre partiendo del efecto de la demostración en su desarrollo al interior de la Isla, sin que fuera un proceso a salvo de errores. Para los años ochenta,

y como corolario del escenario de los años setenta, dominado por el tercermundismo (cooperación sur-sur), una nueva crisis financiera azotaba al mundo, aunque con un choque de fuerzas antagónicas, tanto al interior de los países como en el escenario internacional. En Cuba, luego del fracaso de las diez millones de toneladas de azúcar que se proyectaron en los años setenta, como motor del proceso de industrialización del país, debió mantener su matriz de producción basada en azúcar, tabaco, ron, viandas, arroz y cítricos e intensificar las acciones para consolidar su proyecto a partir de la relación con la URSS y el campo socialista a través del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). En realidad, esa estrategia derivó en la mejor etapa de la Revolución Cubana (entre 1971 y 1985): altos niveles de producción; desarrollo científico (sobre todo en el campo de la medicina); muy aceptables niveles de salario y empleo, así como de vivienda, educación y cultura, mientras que el resto de América Latina pasaba por una aguda crisis del Modelo de Sustitución de Importaciones desde finales de los años setenta y los primeros de la siguiente década, calificada de hecho por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), como la década perdida.

La URSS, por su parte, vivía una aguda crisis en su modelo de desarrollo, que la llevó hacia 1985 a establecer una nueva política económica (Perestroika) y reformas políticas (Glasnost) que terminaron con el experimento del llamado socialismo real (entre 1989 y 1991), mientras que Estados Unidos hacía ingentes esfuerzos por recuperarse de la crisis financiera que arrastraba desde finales de los años setenta, por lo que agudizó su política militar en los años ochenta. En ese sentido se destaca que Cuba, en este periodo, tuvo las posibilidades de mostrar que su modelo de desarrollo ofrecía amplios beneficios para el pueblo, mientras que los pueblos de América Latina y el Caribe, vivían una aguda crisis estructural. Esa es una de las razones que explican la capacidad cubana para apoyar a los movimientos sociales de la época, pero específicamente a Granada y Nicaragua para consolidar sus revoluciones.

No obstante, era claro que Cuba no podía oponerse de manera frontal a Estados Unidos y a su política de fuerza de los años ochenta. La crisis centroamericana que inicia su primera etapa a raíz del triunfo revolucionario de Granada y Nicaragua en 1979, y que se agudizaría en el primer lustro de los años ochenta con la fuerte ofensiva de las

guerrillas en Guatemala y El Salvador, principalmente, se desarrollaba en un ambiente adverso, pues la URSS fue siempre muy cautelosa con los movimientos de liberación nacional en América Latina y el Caribe, tanto por conveniencia política como por incapacidad económica; [un bloque sumergido en una aguda crisis financiera y política desde finales de los setenta y los primeros de los ochenta]. Sobre todo, se trataba de un escenario de arrebató estadounidense con la militarización de su política exterior para detener el avance de las fuerzas progresistas y acabar con las revoluciones, como fue el caso de Granada en 1983 y Nicaragua en 1990. La opción cubana era mantener su política de solidaridad y promoción de la justicia social, sin posibilidad de brindar apoyo militar como quizá hubieran deseado los guerrilleros centroamericanos.

De tal manera que la posición cubana fue, por un lado, mantener su apoyo de preparación guerrillera y formación de cuadros políticos latinoamericanos en su territorio y, por el otro, promover una solución negociada en Centroamérica que evitara la intervención militar de Estados Unidos, así como impulsar un ambiente de participación política con las distintas fuerzas sociales en los países donde el conflicto era agudo. La realidad de las capacidades de ayuda cubana, quedaron claras cuando en el marco del III Congreso del Partido Comunista (febrero de 1986), se llegó a la conclusión de que había errores en la construcción del socialismo cubano. (Partido Comunista de Cuba 1996). De hecho, entre 1986 y 1991 el gobierno redujo sensiblemente su presupuesto quinquenal y reajustó de manera importante sus planes de producción y redistribución, aunque sin sacrificar diversos sectores de primer orden social, como la educación, la alimentación, la vivienda y el trabajo. La cultura, si bien vivió cierto recorte de presupuesto, se mantuvo en general bajo los lineamientos de gratuidad.

La crisis económica que ya se sentía en Cuba, como resultado de la Perestroika y la Glasnost en la URSS, empezaba también a surtir efectos en sus relaciones internacionales. Su política exterior si bien mantuvo firmes sus principios y valores, para promover la solidaridad y la ayuda a los movimientos sociales de la región, debió, no obstante, enfatizar la necesidad de encontrar fórmulas negociadoras. El diálogo y el consenso se convirtieron en ejes fundamentales de la política cubana hacia la región. El

relajamiento del mundo bipolar y una mayor presencia de la política estadounidense obligaban a ser cautelosos, sobre todo a la Revolución Cubana. En ese marco, no resulta extraña la posición de total respaldo de Cuba a los esfuerzos del Grupo de Contadora, que desde 1983 promovía el diálogo y la concertación política como mecanismo idóneo para la solución de controversias en América Central.

Este contexto es el que sitúa la posición de Cuba frente al conflicto centroamericano. Sin embargo, para analizar de manera más detallada la actuación de Cuba frente a la crisis Centroamericana, se describen algunas experiencias particulares: una hacia el FSLN antes y durante su triunfo, así como hacia la Revolución de Granada, y otra hacia el FMLN y la URNG, movimientos que no alcanzaron el triunfo militar, pero que, sin embargo, lograron negociar la paz con sus respectivos gobiernos en la década de los años noventa: El FMLN lo logra en 1992 y la URNG en 1996.

Antes de iniciar, es necesario señalar que el gobierno de Cuba, apoyado en su diplomacia alternativa hacia la guerrilla latinoamericana y caribeña, brindó su apoyo para que los movimientos de liberación nacional lograran alcanzar el poder. Una vez conseguido, como en el caso de Nicaragua, ofrecía ayuda por la vía formal para coadyuvar a sostener y concretar el proyecto revolucionario. En una segunda estrategia, ofreció su apoyo y compromiso decidido a los movimientos de liberación nacional de la región y aun cuando no alcanzaron el triunfo, como en los casos del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (de El Salvador) y de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (de Guatemala), su esfuerzo no cejó. No obstante, en ambas experiencias y estrategias, el gobierno de Cuba mantuvo una postura en común: apoyar y promover el diálogo y la negociación como mecanismo de solución de controversias entre los grupos enfrentados; una posición apegada siempre a los más elementales principios del derecho internacional; libre determinación y la no injerencia en los asuntos internos de los Estados. (Maribo 2008).

### **III. Claves de la posición de Cuba hacia Centroamérica.**

#### **a) Cuba y el FSLN**

Como características del primer periodo, debe recordarse la ayuda logística y humana que Cuba ofreció a los guerrilleros nicaragüenses desde el primer año del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. En aquella ocasión, Cuba aportó un contingente de expedicionarios, por cierto, muy reducido, para apoyar la lucha contra Anastasio Somoza Debayle en Nicaragua y Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana. (Piñeiro 1977; Monroy 1998). No existe aún a la luz pública una historia detallada de la ayuda que Cuba ofreció a los movimientos sociales nicaragüenses desde 1959, aunque es muy probable que les haya brindado asesoría para organizarse, así como lineamientos tácticos y estratégicos, tal fue el caso del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1960; organización que entre otras cosas “sostuvo la visión estratégica y táctica de lo que se conformó como el modelo cubano de Revolución”. (Campos 2012, 185). Este movimiento:

Surgido a comienzos de la década del 60, bajo la influencia inmediata de la primera época de la Revolución cubana, ha estado compuesto, desde sus inicios, por representantes radicalizados de las capas medias urbanas y es entre éstas que tiene su principal base social de apoyo; últimamente además (1971) ha conseguido extender su organización a algunos núcleos campesinos. (Barahona 2003).

Algunos elementos que muy probablemente impidieron un mayor apoyo cubano al FSLN, fueron, por un lado, el proceso interno en ambos países. Por ejemplo, la construcción de las bases del proyecto revolucionario en Cuba, la confrontación con Estados Unidos y los grupos contrarrevolucionarios en la Isla, la invasión a Bahía de Cochinos, la crisis de los misiles, así como su cuidadoso quehacer diplomático hacia las guerrillas; primero para respetar el principio de no intervención e injerencia en los asuntos internos de cada uno de ellos y luego para no dar argumentos a Estados Unidos sobre invadir Cuba o cualquier otra nación. Por otro lado, la política de seguridad nacional de Estados Unidos y la permanencia de diversas dictaduras en la región, facilitaron la imposición del terror por parte de Anastasio Somoza Debayle en Nicaragua, quien logró cierto apaciguamiento y control de la lucha social hasta por lo menos 1977-78, aun cuando en 1974 el FSLN tomó la casa de un rico empresario somocista donde

estaba el embajador de Estados Unidos. La acción dio a conocer nacional e internacionalmente al Frente Sandinista, aunque provocó una cruel represión que, combinada con el deterioro de las condiciones de vida de la población, la inmovilidad social se agudizó. “En conclusión, de 1974 a 1977 se da una fase de relativo estancamiento del movimiento revolucionario.” (Salazar 2003, 405-406). Período en el cual:

Detrás de todas estas fuerzas políticas (*empresarios disidentes, iglesia católica, el Partido Socialista Nicaragüense y el FSLN*), se encuentra una gran mayoría del pueblo de Nicaragua, cada vez más harta de la opresión somocista, pero paralizada por el terror o doblegada por la corrupción y, por tanto, sin haber encontrado aún los cauces organizativos que le permitan volcar su descontento. Para movilizar políticamente a esta masa, todavía expectante, las principales organizaciones de izquierda -PSN y el FSLN- presentan alternativas estratégicas diferentes y, en cierto modo, opuestas. (Barahona 2003, 401).

La lucha social en Nicaragua tuvo un largo proceso, incluso, el mismo FSLN debió pasar por etapas de divisionismo entre sus tres frentes, proceso en el cual, no obstante, la participación de Cuba parece evidente, tanto en la estrategia como en la táctica que sigue, por un lado, el sector que apuesta por la Guerra Popular Prolongada (GPP), como finalmente, en la facción de los Terceristas.

Otro resultado del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro (enero de 1978) y las posteriores protestas populares, fue conseguir el respaldo a la posición Tercerista del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Ernesto Cardenal, aprovechando su participación como jurado en Casa de las Américas, fue recibido por Castro, logrando que la Tendencia Insurreccional fuera apoyada por Cuba y elevando el nivel de los contactos de la lucha armada nicaragüense en la Isla. Fidel Castro había apoyado la lucha armada en Nicaragua desde la conformación del FSLN pero, por ejemplo, nunca recibió personalmente a Carlos Fonseca Amador (*creador del frente*). Además, el apoyo cubano estaba centrado en la GPP, cuya

visión y estrategia era más cercana a los planteamientos de Cuba. (Cardenal 2005, 200).<sup>18</sup>

La consolidación del FSLN a partir del trabajo de unidad y dirección desarrollada por la facción Tercerista o Tendencia Insurreccional, les permitió el apoyo del Partido Comunista de Honduras y del Ejército Revolucionario del Pueblo de El Salvador, del que obtuvieron entrenamiento militar, así como el apoyo decidido del gobierno de Cuba a partir de marzo de 1979, cuando finalmente se unificaron, al parecer, por influencia o recomendación de Fidel Castro, como condición *sine qua non* para la ayuda cubana. (Monroy 1998). “La idea de promover una insurrección para derrocar la tiranía pro yanqui de Anastasio Somoza prevaleció entre las tres concepciones sandinistas que luchaban por la Revolución en Nicaragua. La unión de las tres fuerzas en que se había dividido el movimiento logró instrumentarse con la cooperación de Cuba”. (Castro 2008, 129).

Una brigada de apoyo fue organizada rápidamente con revolucionarios nicaragüenses, salvadoreños, hondureños, guatemaltecos y uruguayos que se entrenaban entonces en Cuba (1979), y 51 oficiales del Partido Comunista de Chile, 20 del Partido Socialista de ese país y ocho del Partido Comunista Uruguayo, formados durante años en nuestras academias militares, que fueron integrados a esa fuerza con autorización previa de sus respectivas organizaciones políticas. Diez médicas y dos médicos chilenos, militares todos, formados igualmente en Cuba, fueron enviados al Frente Sur para atender a los heridos de guerra. (Castro 2008, 128).

La ayuda cubana fue fundamental en la última etapa de la lucha del FSLN, particularmente a partir de marzo y hasta julio de 1979 cuando triunfa el movimiento guerrillero. Los asesores cubanos tuvieron una importante participación en la última ofensiva del Frente Sur contra la Guardia Nacional del presidente Anastasio Somoza; el Teniente Coronel de Tropas Especiales, Alejandro Ronda Marrero, y el Asesor de Tropas

---

<sup>18</sup> Debe recordarse que el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro motivó amplias y crecientes protestas sociales, debido a la presencia popular que tenía el periodista. “Fue entonces que el pueblo se identificó de manera abierta y pública con los sandinistas como única alternativa de enfrentamiento con la dictadura somocista”. (Escalante 2009, 19).

Especiales, Teniente Coronel Alfredo Sugve del Rosario. Junto con los comunistas y socialistas chilenos y los oficiales comunistas uruguayos, como oficiales de carrera, tuvieron una destacada participación al lado de los combatientes nicaragüenses. (Castro 2008, 128). Ello quizá permitió una mayor coordinación, o por lo menos, un mayor contacto entre los miembros de distintos movimientos centroamericanos, apostados también en territorio cubano para recibir preparación táctica y técnica de guerrilla.

A partir del triunfo del FSLN el 19 de julio de 1979, la ayuda cubana se multiplicó en distintas áreas, particularmente en temas de educación, con el envío de miles de maestros para participar en la Cruzada de Alfabetización emprendida por las autoridades nicaragüenses entre 1981 y 1982. (Escalante 2009). El envío de brigadas médicas fue también uno de los aportes más importantes de Cuba a la nueva jefatura de gobierno en Nicaragua, así como el apoyo técnico en temas de producción agropecuaria. Cuba, de la misma manera, envió asesores militares.

La posición cubana de apoyo a una solución negociada en Centroamérica no está en contradicción con el apoyo y colaboración que presta a Nicaragua, y que es esencialmente en las esferas de la salud, la educación, la agricultura y otras de carácter civil, y que, en ocasiones, ha sobrepasado la cifra de 3 mil colaboradores. El presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, declaró el 19 de marzo de 1985 en Brasil que los colaboradores cubanos en Nicaragua ascendían en total a 1,500, de los cuales sólo 786 eran asesores militares, y no 8 mil, como han afirmado los Estados Unidos. (López 1986, 51-52).

En realidad, la ayuda de Cuba a Nicaragua estaba más o menos equilibrada entre la civil (48%) y la militar (52%), y aunque se fijaron distintos alcances tenían un solo objetivo: coadyuvar en la consolidación del proyecto revolucionario. Los revolucionarios nicaragüenses no sólo se enfrentarían a la política de guerra directa y encubierta que diseñó el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, sino además a los altísimos costos en vidas y la destrucción de la infraestructura que había dejado la guerra de liberación.

Nuestro país es un país pequeño, un país pobre. En 128 mil kilómetros cuadrados vivimos un poco más de 2,5 millones de nicaragüenses. Un país que depende fundamentalmente de la agricultura y que vio paralizada su producción por la guerra. Un país que tenía unas pocas fábricas que fueron destruidas por las bombas de la aviación somocista. Un país que ha tenido que sacrificar a miles de sus mejores hijos para rechazar tres intervenciones armadas yanquis, que han dejado más de 200 mil víctimas. Un país que en su última ofensiva contra la dictadura somocista tuvo más de 50 mil muertos, el 90% niños de ocho años a jóvenes de veinte. (Ortega 2009, 35).

De acuerdo con algunos datos, el impacto de la confrontación entre el FSLN y el gobierno de Anastasio Somoza Debayle entre 1961 y 1979, se estima en 580 millones de dólares, debido a los daños materiales en infraestructura física y social en el sector agropecuario, industrial y comercial causados por los bombardeos somocistas. De hecho, en 1979 el Producto Interno Bruto (PIB) disminuyó 25%, lo que representó un retroceso de 17 años. Es como si los niveles de vida y desarrollo en infraestructura que presentaba Nicaragua en 1979 fueran los de 1962. La deuda externa, por ejemplo, era de 1,530 millones de dólares en 1979, que equivalía a tres veces las exportaciones totales del país en un año. Por tanto, la primera tarea del gobierno revolucionario era abatir de manera urgente las condiciones económicas y sociales de la población, una tarea en la que no sólo Cuba apoyaría sino en general la comunidad internacional. No sería sino francamente hasta 1985, al inicio formal del bloqueo económico que impuso Estados Unidos, cuando los países europeos y latinoamericanos alineados a Washington disminuyeron sensiblemente su apoyo a la Revolución Nicaragüense.<sup>19</sup>

Precisamente, en ese ambiente fue que Cuba destacó en su apoyo a Nicaragua, uno de los pocos países que no disminuyeron sus relaciones bilaterales por cuestiones políticas y de presión, sino que estuvieron más bien condicionadas a las posibilidades de la economía de la Isla o bien como producto del ofrecimiento cubano para coadyuvar en la solución del conflicto centroamericano. Específicamente, Cuba declaró en diversas

---

<sup>19</sup> Incluso el gobierno mexicano decidió en 1985 suspender el envío de petróleo a Nicaragua a pesar del Acuerdo de San José. El Gobierno de México argumentó la falta de pago. La Unión Soviética entonces abasteció las necesidades nicaragüenses. (Harto 1992).

ocasiones que disminuiría el número de asesores militares si Nicaragua se lo solicitara a fin de encontrar una solución negociada a su diferendo con Estados Unidos.

Es también comprensible la importancia gradual que adquirió la ayuda del campo socialista para el proyecto revolucionario nicaragüense, que se incrementó a medida que las relaciones de Nicaragua con Estados Unidos y sus aliados disminuían.

Para 1984 la ayuda oficial soviética ascendió a 150 millones de dólares, aumentando un 25% respecto a 1983. En esa misma fecha, el financiamiento que Nicaragua recibía de los países del Este ascendió al 50% del total del financiamiento externo [...] Paralelamente, la ayuda que Nicaragua recibía de los países del bloque Occidental disminuye de forma dramática desde el 78% en 1979 hasta el 40% en 1984. A partir de 1984 la ayuda del bloque socialista no hace sino aumentar: en 1985 estos recursos suponen 80% del total, en 1986 el 84% y en 1987 el 85%. (Harto 1992, 89-90).

La ayuda del bloque socialista empezó, no obstante, a declinar en 1988 y 1989, fenómeno asociado directamente con el cambio de política económica e ideológica que vivía la URSS desde 1985 con la Perestroika y la Glasnost. Por cierto, Cuba de igual manera empezó a padecer los efectos de los cambios en el bloque socialista, aunque la disminución de las relaciones con Europa del Este inició en 1986. Durante el III Congreso del Partido Comunista de Cuba en febrero de aquel año, se dejó sentir el cambio que se gestaba ya en las relaciones cubano-rusas, pues fue titulado como “La rectificación de los errores en la construcción del socialismo”. En aquella ocasión, ante el pleno de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el Comandante Fidel Castro habría señalado que, si un día el mundo se despertara con la sorpresa de la desaparición del campo socialista, Cuba estaría lista a resistir, y así fue. En 1989 cayó el Muro de Berlín y con él los regímenes de corte socialista que dos años más tarde harían eclosionar a todo el bloque.

Aun con ello, el gobierno cubano siguió cooperando con Nicaragua. Cuba en realidad había dejado de vivir en 1986 su mejor etapa de crecimiento y desarrollo al cobijo de unas relaciones económicas, comerciales y financieras muy favorables con la URSS y el campo socialista, de las que Nicaragua, al igual que otras naciones del

continente resultaron directa o indirectamente beneficiadas, pues otorgaba aquel escenario mayores capacidades al gobierno cubano para brindar apoyo formal e informal a gobiernos o grupos progresistas.

Cuando el FSLN pierde las elecciones en 1990 frente a la Unión Nacional Opositora (UNO), encabezada por Violeta Barrios viuda de Chamorro, aliada a Estados Unidos, prácticamente se cierra una etapa de la diplomacia cubana hacia los grupos sociales latinoamericanos de liberación nacional, pues con la caída de la URR, la ideología del socialismo se vio seriamente cuestionada, así como la vía de las armas para obtener el poder. De hecho, hay un retorno a los procesos democráticos a los que incluso Cuba se sumaría luego de las reformas económicas y políticas derivadas del Periodo Especial en Tiempos de Paz adoptado en octubre de 1991, en el marco del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba.

#### **b) Cuba y el FMLN**

Aun cuando la lucha social en El Salvador era de larga data, con particular énfasis en los años 30 del siglo XX, será hasta la década de los años setenta cuando las acciones revolucionarias alcanzaron un protagonismo que no habían tenido, frente al reformismo característico que promovieron los partidos comunistas, como fue el caso del Partido Comunista de El Salvador (PCS), que desde 1932 condujo, por cierto, con mucho éxito en algunos momentos, la inconformidad social. Sin embargo, luego de fracasados sus métodos de lucha, a finales de los años sesenta ante los fraudes electorales en su contra y los diversos golpes de Estado, las fuerzas que apostaban ya por las armas, se impusieron como cabeza de la lucha salvadoreña.

La lucha armada, en su manifestación foquista guerrillera, cubre el escenario político en muchas regiones del subcontinente, en los años sesenta. Mientras en Nicaragua se realizan intentos de creación de movimientos armados, a base de guerrillas, desde fines de los años cincuenta, y en Guatemala se entabla una encarnizada pelea entre varios organismos armados y el poder militar proimperialista, en El Salvador transcurre la década de los sesenta sin que la lucha clasista penetre el espacio en que “la crítica de las armas” sustituya el “arma de la crítica.” (Valiente 2003, 126).

Cuando el desgaste político y representativo se hace del PCS, se propicia el germen de la nueva organización y lucha en El Salvador. Empiezan su actuación las Fuerzas Populares de Liberación "Farabundo Martí" (FPL), que surgen en 1970, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en 1971 y las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) que aparecen en 1975, como consecuencia de una crisis del ERP, asociada con la muerte del poeta, escritor y militante, Roque Dalton.

Algunos datos dispersos harían suponer que, desde el surgimiento de las FPL y el ERP, existió, sino una estrecha relación, sí por lo menos vínculos claros entre los miembros de dichas organizaciones y los agentes cubanos adscritos al Departamento América, dependiente del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, dedicado a estrechar relaciones con los grupos guerrilleros y de liberación nacional del continente. Las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí, por ejemplo, se prepararon para la Guerra Popular Prolongada (GPP), línea estratégica de lucha preferida por Manuel Piñeiro (Barbaroja), jefe del Departamento América o de la Dirección General de Liberación adscrita al Ministerio del Interior de Cuba, de la cual se sabe muy poco.<sup>20</sup>

El triunfo de la Revolución Cubana, la unificación de las fuerzas políticas y militares en Nicaragua, y el triunfo de la Revolución Nicaragüense, son elementos que tuvieron un impacto de primera mano en los distintos integrantes que a la postre conformarían las fuerzas que se congregaron en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), el 10 de octubre de 1980; "el factor de Cuba impregnaba toda la dirigencia del FMLN ... no había ni un solo líder que no encontró en Cuba un referente simbólico." (Oñate, 2011)

A finales de 1979 y principios de 1980, La Habana habría sido el escenario de diversas conversaciones entre las principales fuerzas político-militares de El Salvador: el

---

<sup>20</sup> Hay cuestiones no aclaradas todavía sobre la estructura administrativa cubana definida y dedicada al apoyo de las organizaciones sociales de liberación nacional en América Latina y el Caribe. Por ejemplo, la información disponible indica que entre 1960 y hasta 1974, el Ministerio del Interior a través de la Dirección para las Relaciones con los Movimientos Revolucionarios de América Latina y África, fue la oficina responsable de los contactos y relaciones entre Cuba y las organizaciones de lucha en la región. No obstante, se dice también que se trató de la Dirección General de Liberación Nacional o bien del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Aclarar esto en algún momento, servirá para realizar un análisis mucho más específico del grado de compromiso y actuación del gobierno cubano en los movimientos sociales de la región. (Domínguez. 2013).

Partido Comunista de El Salvador (PCS), las Fuerzas Armadas de Resistencia Nacional (FARN), y las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). A ellas se agregaría en 1980 el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), una organización surgida en 1971 y culpada de asesinar a su correligionario y poeta salvadoreño, Roque Dalton, el 10 de mayo de 1975, evento que llevó a la ruptura de vínculos entre Cuba y el ERP.<sup>21</sup> Pese a ello, luego de 1980, uno de los dirigentes del ERP, Joaquín Villalobos, tendría una relación de especial amistad con el Comandante Fidel Castro, debido al especial interés y capacidad de ambos en materia de estrategia militar.

De hecho, miembros del FMLN han reiterado que el factor decisivo para la unificación de las distintas fuerzas salvadoreñas, fue Cuba, cuyo gobierno dejó clara su posición en el sentido de “que proporcionaría ayuda a gran escala a través de los armamentos, el apoyo financiero y entrenamiento militar sí, y sólo sí, los grupos acordaran unir y coordinar sus esfuerzos”. (Sancho 2003, []). De hecho, la ayuda cubana al FMLN se fortaleció a partir de octubre de 1980 para ya no debilitarse hasta el inicio de negociaciones entre el Frente y el gobierno salvadoreño, a inicios de los años noventa.

La ayuda que el FMLN recibió de Cuba puede clasificarse en tres ámbitos: 1) apoyo militar: logístico, táctico, estratégico, que incluyó preparación de guerrilleros y simulacros de asaltos a unidades militares salvadoreñas; además de armas de terceros países y dinero en efectivo; 2) apoyo político-diplomático: que Cuba presentó, promovió y representó para los miembros del FMLN y sus intereses en reuniones internacionales, y convenció a diversos países de apoyar al Frente, y 3) apoyo al FMLN para mostrar su decisión de negociar con el gobierno salvadoreño el fin del enfrentamiento.

En efecto, la importante ayuda en material de guerra que Cuba ofrecería y gestionaría para el Frente fue crucial para que ese movimiento alcanzara la importancia no sólo bélica que mostró frente al gobierno, sino también política, dada su capacidad de organización y sus planteamientos. No obstante, de acuerdo con la escasa

---

<sup>21</sup> Roque Dalton, comunista y poeta reconocido salvadoreño, vivió en Cuba durante varios años antes de unirse en 1973 al ERP, donde tuvo estrechos lazos de amistad con destacados miembros dirigentes de la Revolución Cubana. Fue acusado de ser espía cubano y de la CIA, aunque en realidad no pudo comprobarse ni lo uno ni lo otro. (Sancho 2003).

información que se tiene, la influencia militar de Cuba en el Frente derivó también en una importante capacidad de incidencia del Comandante Fidel Castro en el movimiento. Por ejemplo, fue un factor decisivo para solucionar algunos de los conflictos que los dirigentes tenían frente a las decisiones que debían tomar. No obstante, tanto informes de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos como los entonces líderes del Frente, han señalado que pese a la influencia e importancia de la participación de Cuba, los dirigentes revolucionarios cubanos nunca buscaron la uniformidad ideológica entre los distintos segmentos que conformaban el FMLN, “no estamos aquí para imponer las relaciones entre los grupos, pero podemos hablar de la importancia de su sindicato y la coordinación colectiva, independientemente de sus diferencias ideológicas”. (Oñate 2011)

El factor que sí estuvo presente siempre ante la posibilidad de fraccionamiento de las fuerzas del FMLN, fue el retiro inmediato de Cuba. La ayuda cubana estuvo a cargo del Departamento América del Partido Comunista y del Departamento de Operaciones Especiales (DOE), todo hace suponer que pertenecía al Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El primero, actuaba políticamente en las relaciones de Cuba con los movimientos de liberación nacional del continente; el segundo, era el brazo de acción que entrenaba a los guerrilleros. De hecho, el DOE diseñó el sistema de comunicaciones del FMLN en todo el territorio salvadoreño, puesto en marcha por los miembros del Frente una vez instruidos para ello. La ayuda militar que Cuba ofreció incluyó la política humanitaria de la Revolución Cubana: cuidar de los enfermos y heridos enemigos, y ofrecerles un trato humanitario.

Aun cuando se ignora el número de salvadoreños preparados en la Isla, se sabe que fueron pocos (100 cuando mucho) aunque la estrategia de Cuba se caracterizó por el principio de efectos multiplicadores, aprendido durante la preparación de los combatientes cubanos ante la invasión a Playa Girón. De tal manera que el número de salvadoreños en Cuba (en el llamado Punto Cero, lugar de entrenamiento militar) fue muy reducido, pero su efecto se multiplicó con el entrenamiento que los guerrilleros preparados brindaron a sus correligionarios en El Salvador. Los guerrilleros salvadoreños también aprendieron de sus homólogos cubanos y nicaragüenses tácticas vietnamitas

que llevaron a mejorar la guerra de guerrillas (estrategia de combate del Vietcong).<sup>22</sup> Es importante destacar que ningún cubano peleó en El Salvador, que fue una táctica que mantuvo el gobierno cubano durante todo el conflicto salvadoreño debido también a sus cálculos políticos, a fin de mantener a las revoluciones en un lugar seguro, es decir; que no motivara la acción militar directa de Estados Unidos. (Domínguez 2004).

Como parte del segundo elemento de apoyo al Frente por parte de Cuba, destacan las gestiones frente a distintos gobiernos para apoyar al FMLN en el terreno político, es decir; en alentar una idea en contra del genocidio en El Salvador y lograr el apoyo a la lucha de defensa y liberación nacional que protagonizaba el Frente. Ello fortalecía, incluso, la declaración mexicano-francesa que otorgó legitimidad al FMLN en 1981, como factor político de primer orden para lograr una paz negociada en el país.

Asimismo, el gobierno de Cuba, junto con el de Nicaragua, promovió la ayuda militar de terceros países. De hecho, se sabe que el pedido de Fidel Castro a diversos gobiernos del campo socialista fue mucho más efectivo que los esfuerzos de Shafik Handal, líder de los comunistas dentro del Frente; sus viajes a Moscú, Alemania, Checoslovaquia, Bulgaria y Etiopía rindieron pocos efectos. Los países de Europa del Este enviaban armas y pertrechos militares a través de los barcos y aviones comerciales cubanos, llegaban a la Isla y de allí eran transportados a Nicaragua, para ser llevados de manera clandestina a El Salvador a través del Golfo de Fonseca o por tierra a través de Honduras. En este rubro, conviene destacar que Cuba donó algo así como millón y medio de dólares al Frente, una cantidad ínfima para las necesidades bélicas de los guerrilleros salvadoreños, un dinero, no obstante, que los salvadoreños sabían era importante para Cuba dados sus problemas económicos ya para mediados de los años ochenta.<sup>23</sup>

Los esfuerzos político-diplomáticos de Cuba, eran secundados de manera muy importante por la propia diplomacia del Frente, a través de la Comisión Político

---

<sup>22</sup> Departamento de Estado de Estados Unidos, Cable secreto de Michael H. Armacost, Asunto: Apoyo Cubano para la subversión en América Latina, en Archivos de la Seguridad Nacional, Expedientes Digitales, 13 de febrero de 1989, Gobierno de los Estados Unidos de América.

<sup>23</sup> Algunos datos señalan que el FMLN tenía sus propios mecanismos para lograr financiamiento: secuestros, robos a bancos, fiscalización de territorio bajo su control, así como apoyo de gobiernos occidentales (Francia, por ejemplo), además de algunos socialistas como Libia. Especialmente Gaddafi habría dado importantes sumas de dinero a los guerrilleros salvadoreños. (Oñate 2011).

Diplomática (CPD), que había logrado establecer y estrechar contactos con innumerables gobiernos, quizá muchos más de los que Cuba y Nicaragua habrían logrado en su tiempo de lucha. La acción diplomática del Frente, sumada a la cubana y nicaragüense, permitió contrarrestar el punto de vista del gobierno salvadoreño y competir con la de Estados Unidos. Cuba y Nicaragua, fueron incluso portadores de las posiciones del Frente ante el Movimiento de Países No Alineados o en las reuniones de la Internacional Socialista. El respaldo de Cuba fue importante, además, porque la juventud de los representantes diplomáticos del FMLN causaba desconfianza ante diversos gobiernos y organizaciones internacionales. Pese a ello, la diplomacia de la Comisión Política Diplomática del FMLN, sumada a la ayuda cubana y nicaragüense, se tradujo en una gran cantidad de ayuda internacional hacia el movimiento, “quizá la mayor que haya recibido cualquier otro grupo insurgente latinoamericano de parte del mundo socialista durante la Guerra Fría”. (Moroni 1995, 3). Los miembros de la CPD del Frente, viajaban en aviones cubanos y las misiones diplomáticas cubanas organizaban la logística del FMLN. Otros gobiernos otorgaban cortesías de viaje a los integrantes del Frente, como Rusia o Francia, por ejemplo. México en su caso, fue un donador de recursos financieros al movimiento.

Finalmente, el apoyo de Cuba hacia el FMLN estuvo dirigido a la promoción de una actitud negociadora del Frente. Desde 1981, el FMLN habría manifestado al gobierno salvadoreño su disposición de sentarse a negociar la paz. Una táctica que le otorgó reconocimiento y apoyo internacional. Cuba y Nicaragua discutieron con los dirigentes del FMLN la plataforma de paz que se ofrecería al gobierno. Cuando el Frente y el gobierno salvadoreño acordaron iniciar pláticas para un acuerdo de paz, Cuba mantuvo su posición de inicio: el pleno respeto a la decisión del Frente.

### ***c) Cuba y la URNG***

Cuando la revolución nicaragüense triunfó (19 de julio de 1979), la situación en Guatemala había de hecho empeorado entre enero y marzo de ese año, pues fueron asesinados Alberto Fuentes Mohr, líder del Partido Social Demócrata, y Manuel Colom Argueta, fundador del Partido Frene Unido de la Revolución, lo cual cerró definitivamente la posibilidad de hacer política electoral en ese país. Para esta fecha:

Es en este contexto en el que emergieron con gran vitalidad las fuerzas guerrilleras representadas en el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) y el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), posteriormente aglutinados en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), las cuales elaboraron un proyecto político alternativo al vigente en Guatemala, pretendiendo llevarlo a la práctica mediante el triunfo revolucionario alcanzado a través de la lucha armada. (Castro1988, []).

A la situación guatemalteca, se uniría la coyuntura internacional de finales de los años setenta, pues la crisis económica recaía de manera muy importante en las condiciones sociales paupérrimas en América Latina, a lo que vino una reacción social que precisamente alentó la fuerza de las armas para revertir dicha situación. Por un lado, la acción guerrillera se acelera en Granada y Nicaragua, y en diversos países de Sudamérica. Por el otro, se recrudece la política hostil estadounidense y se impulsan de manera efectiva los escuadrones de la muerte.

No obstante, la experiencia nicaragüense había dejado lecciones, una de ellas; la efectividad de la unidad. El papel que había jugado Cuba en la unidad del Frente Sandinista de Liberación Nacional, así como en la conformación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador, en octubre de 1980, tendría también necesidad de replicarse en Guatemala. Aun cuando hay versiones encontradas, al parecer la idea que domina es que el apoyo que Cuba dio a los grupos guerrilleros guatemaltecos fue continuo e importante, incluso se atribuye a Fidel Castro la sugerencia a los distintos grupos armados guatemaltecos que se unificaran, creándose así en febrero de 1982 la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).<sup>24</sup> El comandante:

Fidel Castro ofreció mantener su apoyo directo (a los revolucionarios guatemaltecos) pero con la condición de que las cuatro organizaciones (EGP, PGT, ORPA y FAR) se unieran en el esfuerzo, aunque cada una con sus comandantes,

---

<sup>24</sup> Página oficial de la UNRG, <http://www.urng-maiz.org.gt/quienes-somos/>

naciendo así la hasta hoy conocida Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) [...] Con la integración de la URNG y la toma del poder en Nicaragua por el sandinismo, el apoyo cubano fu más directo para los grupos subversivos.<sup>25</sup>

(Fuentes

Ya desde los primeros años de la década de los sesenta, el joven movimiento de oficiales que se rebeló contra el gobierno el 13 de noviembre de 1960 (MR-13), viajó a Cuba donde recibieron instrucción guerrillera en 1962. No obstante, las divisiones entre las distintas fuerzas político-guerrilleras en Guatemala impidieron por muchos años acciones concertadas y contundentes. Sería precisamente hasta la década de los años setenta, más precisamente en la siguiente década, cuando las acciones y los grupos guerrilleros tienen mucho mayor impacto. A pesar de ello y a diferencia de los casos de Nicaragua y El Salvador, el conflicto en Guatemala no alcanzó todo el territorio. De hecho, esa situación le permitió al gobierno mantener como táctica una férrea política de represión en zonas campesinas e indígenas, donde se corría mayor riesgo de organización y apoyo guerrillero.

Precisamente, esas son algunas de las razones que llevan a suponer a diversos estudiosos que en realidad el apoyo que otorgó Cuba a la URNG fue muy escasa, si es que la hubo, en comparación con Nicaragua y El Salvador. (Castañeda 1993; Benítez 2006). No obstante, aun cuando hay una verdadera carencia de información al respecto, es de suponer que el gobierno de Cuba brindó asesoría logística, táctica y ayuda material y financiera a la URNG, de acuerdo con la práctica cubana. De la misma manera, no resulta complicado señalar que, como en los casos de Nicaragua y El Salvador, el gobierno cubano respetó las decisiones e ideologías de las distintas facciones que conformaron la guerrilla unida guatemalteca, contexto en el que es muy seguro que Cuba no sólo apoyara los esfuerzos de paz que lanzaron los guerrilleros y el gobierno guatemalteco, sino que además fue una clara posición del gobierno cubano desde siempre, como lo había hecho en el caso del FMLN de El Salvador.

---

<sup>25</sup> Coronel César V. Fuentes, “Monografía. Proceso de paz en Guatemala. Acuerdo: Fortalecimiento del poder civil y función del Ejército en una sociedad democrática y reformas constitucionales”, [en línea], Colegio Interamericano de Defensa, Departamento de Estudios, Clase XXXVIII. [Esta fuente no he logrado recuperarla de ningún sitio en la Web)

A final de cuentas, como se sabe, el gobierno de Cuba instruyó a poco más de 2,000 latinoamericanos, aunque menos de 40 cubanos lucharon en América Latina durante los 30 años de esfuerzos guerrilleros en la región.

### **A manera de conclusión; Cuba y el futuro inmediato de su política exterior hacia Centroamérica**

Para la década de los años ochenta, la política exterior de Cuba estaba orientada a consolidar sus vínculos de carácter oficial y formal con los gobiernos de América Latina y el Caribe que habían decidido restablecer sus vínculos diplomáticos con el gobierno revolucionario. En América del Sur fueron Argentina (1973), Bolivia (1983), Brasil (1986), Ecuador (1979), Perú (1972), Uruguay (1985) y Venezuela (1974); en Centroamérica, Nicaragua (1979) y Panamá (1974), y en el Caribe, Barbados (1972), Guyana (1972), Jamaica (1972), Las Bahamas (1974), Santa Lucía (1979) y Trinidad y Tobago (1972). Quince países en total, de 34 en la región, incluido México. Con los otros 18, que no tenían relaciones diplomáticas con la Isla, su compromiso y apoyo continuó hacia los movimientos sociales, principalmente hacia el FMLN en El Salvador y la URNG en Guatemala. Fidel Castro expresó al respecto lo siguiente:

Tampoco oculto el hecho de que cuando un grupo grande de países latinoamericanos, bajo la inspiración y guía de Washington, no sólo trataron de asilar a Cuba políticamente, sino que la bloquearon económicamente y ayudaron a promover acciones contrarrevolucionarias (sabotajes, infiltración armada, atentados) para tratar de derrotar la revolución, nosotros respondimos en un gesto de legítima defensa, ayudando a todos aquellos que, en aquellos años, querían luchar contra dichos gobiernos. Nosotros no fuimos los que empezamos la subversión, fueron ellos. (Castro 1984, 51-52).

Había, no obstante, diversos factores que Cuba consideraba para no motivar una acción inmediata y directa de parte de Estados Unidos en contra de cualquier gobierno. Especialmente, la segunda mitad de la década de los años ochenta presentaba un panorama poco alentador para los esfuerzos guerrilleros. La URSS atravesaba una etapa de agonía, mientras que Estados Unidos gozaba de un ambiente prácticamente sin

obstáculos para lanzarse a la aventura militar, como había sido el caso de Granada en 1983 y el de Panamá en 1989. Incluso, Cuba debió actuar rápidamente en 1989 para acabar con cualquier especulación sobre su posible involucramiento en la cuestión del narcotráfico (pretexto de intervención en Panamá), razón por la cual, ese año, fusiló al General Ochoa y a otros militares combatientes en Angola por vínculos con el narcotráfico y el tráfico de marfil. De hecho, los años ochenta también representaban un momento de transición económica y política en América Latina; del Modelo de Sustitución de Importaciones al Neoliberalismo y un fuerte enfrentamiento entre nacionalistas y tecnócratas. Eso debilitaba mucho las posibilidades de éxito de las acciones guerrilleras en la región.

Un factor adicional era la situación política y económica en la Isla. Los efectos de la Perestroika y la Glasnost fueron casi inmediatos para Cuba. El debilitamiento de la URSS llevó a un despliegue de la hostilidad de Estados Unidos sobre la Isla. El gobierno del presidente Ronald Reagan destinó recursos para el establecimiento de Radio y T. V. Martí, utilizados para promover la subversión interna en Cuba. Al mismo tiempo, creo la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA), supuesta representante del total de exiliados cubanos en Estados Unidos y autora de diversas acciones financieras, políticas y terroristas contra Cuba. La protección internacional que la URSS brindaba a la Isla se vio seriamente comprometida. De la misma manera, los cambios en la Unión Soviética limitaron el apoyo económico a la mayor de las Antillas y si bien Moscú trató de mantener la cooperación, poco pudo hacer en realidad. De ahí que el gobierno cubano empezara un programa de revisión de recursos y su reasignación, así como una evaluación político-ideológica sobre la construcción del socialismo en el país.

Los efectos también tocaron la política exterior cubana. Sin la participación de la URSS en el escenario internacional, sin posibilidades de apoyos sociales (los efectos de la URSS se resintieron en la idea revolucionaria de las armas, luego del fracaso que estaba mostrando la construcción del socialismo) y, sobre todo, sin los recursos necesarios para seguir apoyando a los movimientos sociales, debió enfatizar su posición favorable a la negociación entre guerrillas y gobiernos.

En realidad, esa había sido la postura de Cuba, pues la URSS nunca se comprometió de manera contundente con los movimientos de liberación nacional en la región. El avance de la lucha dependía de los grados de unidad que cada movimiento lograra en su territorio y de las redes que pudiera tejer con su entorno. De ahí que para la década de los años ochenta, el apoyo cubano fuera mucho más selectivo que en el pasado; sin recursos y sin apoyo político estratégico, poco se podía ayudar a la liberación nacional en la región; más al contrario, podría provocarse una reacción desmedida de parte de Estados Unidos. Aquí se entiende porque diversos académicos, como el cubano Jorge I. Domínguez, señalaran que en aquellos años Cuba estaba cuidando la revolución en la región. (Domínguez 2004).

Este contexto explica la posición de apoyo que el gobierno de Cuba mostró sin ambages hacia los esfuerzos que realizaba desde 1983 el Grupo de Contadora. Incluso, siempre respaldó la postura de no injerencia en los asuntos internos de los Estados que México promovió desde inicios de la década de los años ochenta, como una condición para encontrar, a través del diálogo y la concertación política, soluciones a los conflictos internos en cada uno de los países centroamericanos; una posición que luego se elevaría hacia toda la subregión.

Cuba apoya el proceso de Contadora, las negociaciones entre el FMLN-FDR y el gobierno de Duarte en El Salvador, así como toda otra iniciativa que conduzca a una solución política negociada en el área, sin sacrificar unilateralmente a ninguna de las partes. Cuba es partidaria de una solución verdadera y justa de los conflictos de Centroamérica que implique, entre otras medidas, la retirada de todos los colaboradores militares extranjeros, el cese absoluto de todo suministro de armas a Centroamérica y la aplicación estricta del principio de que nadie se inmiscuya en los asuntos internos de esos países. Las exigencias de los Estados Unidos de mantener bases militares y todo un aparato de intervención en los asuntos internos de los países centroamericanos, de chantaje y de amenaza de agresión contra cualquiera de ellos [son inadmisibles] para la comunidad internacional y para la conciencia, la dignidad y los derechos soberanos de todos los pueblos de América Latina. Sobre tales premisas, y mientras persista la idea

de liquidar al gobierno sandinista de Nicaragua y aniquilar hasta el último revolucionario salvadoreño –cosas ambas imposibles-, no puede concebirse una solución a los problemas de Centroamérica. Cuba continuará apoyando firmemente el esfuerzo del Grupo de Contadora por alcanzar un acuerdo justo que satisfaga a todos los países de Centroamérica. Esa posibilidad realmente existe, y si no se ha logrado se debe únicamente a los obstáculos y la abierta oposición del gobierno de Estados Unidos. Tal acuerdo, en todo lo que se relacione con nuestra colaboración en Nicaragua, una vez aceptado por el gobierno de ese hermano país, será rigurosamente cumplido por el gobierno de Cuba.<sup>26</sup>

La posición de Cuba incluía su disposición a entablar negociaciones con Estados Unidos, como había sido con la intervención de México, así como disminuir su colaboración en el terreno militar a Nicaragua. Al final de cuentas, como es sabido, el Grupo de Contadora logró contribuir con la solución al conflicto Centroamericano, pese a las intenciones militares de Estados Unidos. Varios factores contribuyeron con ese desenlace: la oposición del Congreso estadounidense a la política de guerra que pretendía Ronald Reagan, la adversa opinión pública en Estados Unidos para intervenir militarmente en la región, los esfuerzos del Grupo Contadora, el apoyo de los gobiernos latinoamericanos y europeos a una solución de paz mediante negociaciones y, sobre todo, el poder de disuasión que implicaba la continuidad de las acciones de lucha social en diversos países de la región. (López 1986).

La derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1990, así como el proceso de negociación de paz entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el gobierno salvadoreño que se concretó en 1992, con los acuerdos de paz de Chapultepec, así como el proceso de paz alcanzado entre la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca y el gobierno de ese país en 1996, terminaron una etapa de la lucha revolucionaria a través de las armas, para dar inicio a un nuevo proceso de lucha por la vía democrática en la región. No obstante, las aspiraciones de Cuba no terminaron, al contrario, dieron inicio a una nueva etapa de lucha política de

---

<sup>26</sup> Declaración del Gobierno de la República de Cuba, *Granma*, 4 de marzo de 1985, p. 1

denuncia en contra del neoliberalismo y sus consecuencias (tratados de libre comercio), como nuevo mecanismo de dominación y control de América Latina y el Caribe. La diplomacia cubana hacia los movimientos no terminó sino se transformó sin variar sus objetivos.

Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; es no mentir jamás ni violar principios éticos; es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo. (Castro 2010)

### **Bibliografía**

“Discurso pronunciado por el presidente José López Portillo en la Plaza de la Revolución de la ciudad de Managua, Nicaragua, el 21 de febrero de 1982.

Arriola, Mario. «El grupo Contadora y el problema de la distensión en Centroamérica.» *Áreas: Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 7, (1986): 109-115.

Barahona Portocarrero, Amaru. «Breve estudio sobre la historia contemporánea de Nicaragua.» En *América Latina: historia de medio siglo. [Vol. 2: México-Centroamérica y el Caribe]*, de González Casanova, Pablo. (Coord.), Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

Bell Lara, José; López García, Delia y Caram León, Tania. *Documentos de la Revolución Cubana 1962*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

- Benítez, Jorge E. «La guerra oculta en Guatemala.» *Revista Estudios*, nº 96, (2006): 171-190.
- Benítez Manaut, Raúl y Córdova Macías, Ricardo. (Comps.). *México en Centroamérica. Expediente de documentos fundamentales (1979-1986)*, Ciudad de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- Bossi, Fernando. *Latinoamérica frente a los planes anexionistas de los Estados Unidos*. 27 octubre de 2009. [http://www.oocities.org/proyectoemancipacion/documentossantafe/documentos\\_santa\\_fe.htm](http://www.oocities.org/proyectoemancipacion/documentossantafe/documentos_santa_fe.htm)
- Campos Hernández, Fabián. «La diplomacia de la fracción tercerista del Frente Sandinista de Liberación Nacional (1976-1978).» En *Relaciones Internacionales y Estudios de Geopolítica en Nuestra América*, de Domínguez Guadarrama, Ricardo y Campos, Fabián. (Coords.), Ciudad de México: Posgrado de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- Cardenal, Ernesto. *La Revolución perdida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Castañeda, Jorge G. *La utopía desarmada*. Ciudad de México: Editorial Joaquín Mortíz, 1993.
- Castillo, Manuel Ángel; Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, Vol. 2. Centroamérica, SRE, México, 2011.
- Castro, Fidel. *La paz en Colombia*. La Habana: Editorial Política, 2008.
- Castro, Flora. «Guatemala y su política internacional: 1979-1987. » En *América Latina y la crisis Centroamericana: en busca de una solución regional*, de Cristina Aguizábal. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.
- Cienfuegos, Fermán. *Crónicas entre los espejos*, San Salvador: Universidad Francisco Gavidia, 2003.
- Coronel César V. Fuentes, "Monografía. Proceso de paz en Guatemala. Acuerdo: Fortalecimiento del poder civil y función del Ejército en una sociedad

democrática y reformas constitucionales”, [en línea], Colegio Interamericano de Defensa, Departamento de Estudios, Clase XXXVIII.

Covarrubias, Ana. «La Declaración Franco-Mexicana sobre El Salvador.» *Revista Mexicana de Política Exterior*, número especial, (2013): 39-62.

D´Estéfano Pisani, Miguel Ángel. *Política exterior de la Revolución cubana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002.

Declaración del Gobierno de la República de Cuba, *Granma*, 4 de marzo de 1985.

Departamento de Estado de Estados Unidos, “Cable secreto de Michael H. Armacost, Asunto: Apoyo Cubano para la subversión en América Latina”, en Archivos de la Seguridad Nacional, Expedientes Digitales, 13 de febrero de 1989, Gobierno de los Estados Unidos de América.

Domínguez Guadarrama, Ricardo. *Revolución Cubana. Política exterior hacia América latina y el Caribe*. Mérida, Yuc.: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Domínguez Reyes, Edmé. «La política soviética y cubana hacia Nicaragua: 1979-1989.» *Papers*, nº 35, (1990): 95-115.

Domínguez, Jorge. «La política exterior de Cuba y el sistema internacional.» En *América Latina en el Nuevo Sistema Internacional*, de Joseph S. Tulchin y Ralph H. Spach. (Eds.). Barcelona: Ediciones Balleterra, 2004.

Entrevista de Fidel Castro con Ricardo Urtilla y Marisol Marín, de la Agencia Española EFE, *Granma*, Órgano Oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, viernes 22 de febrero de 1985.

Escalante Front, Fabián. *Nicaragua Sandinista. ¿Un conflicto de baja intensidad?* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

Fidel Castro Ruz, “1ro de Mayo de 2000”, Proyecto de Lineamientos de la política económica y social, VI Congreso del Partido Comunista de Cuba, 1 de noviembre de 2010, publicación de circulación nacional noviembre de 2010.

Fidel Castro, “Entrevista”, *Newsweek*, 9 de enero de 1984.

- García Muñoz, Humberto. «La estrategia militar en el Caribe angloparlante.» *El Caribe Contemporáneo*, nº 11, (diciembre, 1995): 17-44.
- Harto de Vera, Fernando, «La U.R.S.S. y la revolución sandinista. Los estrechos límites de la solidaridad soviética.» *Revista África-América Latina*, nº 7, (1992): 95-112.
- López Segrera, Francisco. *Cuba y Centroamérica*. Ciudad de México: Claves Latinoamericanas, 1986.
- López Segrera, Francisco. *El Conflicto Cuba-Estados Unidos y la crisis centroamericana*. Ciudad de México: Editorial Nuestro Tiempo, 1985.
- Maribo, Max. *Las armas de ayer*. La Habana: Editorial José Martí, 2008.
- Márquez, Pompeyo. «Granada: una invasión anunciada.» *Nueva Sociedad*, nº 69, (noviembre-diciembre,1983): 4-8.
- Martínez, José. *Mi General Torrijos*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- Monroy García, Juan. «La insurgencia democrática en Nicaragua: conservadores, liberales y marxistas.» En *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, de Sosa, Ignacio. (Coord.), Ciudad de México: CCyDEL-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998: 137-168.
- Moroni Bracamonte, José Angel y David E. Spencer. *Strategy and Tactics of the Salvadoran FMLN Guerrillas: last battle of the Cold War, blueprint for future conflicts*, Westport: Praeger, 1995.
- Ojeda Gómez, Mario, *México y Cuba revolucionaria. Cincuenta años de relación*, El Colegio de México, 2008.
- Oñate-Madrado, Andrea . «The Red Affair: FMLN relations during the Salvadoran Civil War». *Cold War History*, nº 2, (2011): 133-154.
- Ortega, Daniel. «Discurso en la VI Conferencia Cumbre de Países No Alineados.» En *Nicaragua Sandinista. ¿Un conflicto de baja intensidad?*, de Escalante Font, Fabián. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2009.
- Página oficial de la UNRG, <http://www.urng-maiz.org.gt/quienes-somos/>
- Piñeiro Losada, Manuel. «Inmortalidad del Che.» *Tricontinental*, nº 38, (1977): 41-49.

- Rico Mira, Carlos. *En silencio tenía que ser. Testimonio del conflicto armado en El Salvador (1967-2000)* San Salvador: Universidad Francisco Gavidia, 2004.
- Rocha y Valencia, Alberto, y Daniel Efrén Morales Ruvalcaba. «Potencias medias y potencias regionales en el sistema político internacional de Guerra Fría y Pos-Guerra Fría. Propuesta de dos modelos teóricos.» *InterNaciones. Revista de Relaciones Internacionales*, nº 1, (enero-abril, 2014): 7-39.
- Salazar Valiente, Mario. «El Salvador: crisis, dictadura, lucha... (1920-1980).» En *América Latina: historia de medio siglo. [Vol. 2: México-Centroamérica y el Caribe]*, de González Casanova, Pablo. (Coord.). Ciudad de México: Siglo XXI, 2003.
- Salazar Valiente, Mario. «Nicaragua: los años últimos.» En *América Latina: historia de medio siglo. [Vol. 2: México-Centroamérica y el Caribe]*, de González Casanova, Pablo. (Coord.). Ciudad de México: Siglo XXI, 2003.
- Sancho, Eduardo. *Crónica entre los Espejos*. San Salvador: Editorial de la Universidad Francisco Gavidia, 2003.
- Suárez Salazar, Luis. *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2006.
- Urquidi, Víctor. *Otro Siglo perdido. Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 2005.
- Vázquez Olivera, Gabriela. «La idea de integración latinoamericana en el pensamiento de la CEPAL: del mercado común al regionalismo abierto.» En *Integración Latinoamericana. Raíces y perspectivas*, de Paéz Montalbán, Rodrigo y Vázquez Olivera, Mario (Coords.), 139-152. Ciudad de México: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.
- Yanes Rizo, Emma. *Araceli. La libertad de vivir (Nicaragua, 1976-1979)*. Ciudad de México: Ítaca, 2008.